

tras lo examinaba con la curiosidad atrevida é impertinente de una joven salvaje, dejaba transparentar ingénuo admiración, muy lisonjera para su interlocutor.

— Usted debe tener más de veinte años — dijo, al fin — pero no mucho más.

— Tengo veinte y cuatro.

— ¡ Bueno! ¡ Lo vé usted!... No hay gran diferencia entre nosotros.

— ¡ Ya lo veo! — insinuó irónicamente Francisco, mirando con desdén el traje desaliñado de Dionisia. — Como que podría aspirar á su mano, el día en que vistan á usted de largo...

— ¿ Por qué me hace burla? — gritó enojada. — ¡ No es usted galante!

Y al hablar así, bajó los ojos, se dió cuenta de que debía estar luciendo las piernas, y sintió rubor y cortedad.

— Quisiera bajar — murmuró — pero la presencia de usted me cohibe.

— Entonces, me marchó.

— No hace falta; vuélvase de espaldas un instante... ¡ Así! ¡ Ajajá!...

Un salto; luego, un grito; los pies se le enredaron en la falda, y rodó sobre la hierba.

— ¿ Se ha hecho usted daño? — preguntó Pommeret, volviéndose hacia Dionisia.

— No — respondió ésta, rompiendo á reir y continuando sentada en el sitio donde cayó. — Un resbalón, y nada más. ¡ Bueno! — añadió fijándose en las botas. — ¡ Se han ido los botones que quedaban!

— ¿ Dónde estaba usted de pensionista?

— ¿ En el Colegio del Sagrado Corazón, de Dijón.

— Y ¿ enseñan en ese Colegio á las alumnas á que se suban á los árboles?

— ¡ Quiá! ¡ Son demasiado pazguatas!... A mí me tienen en cuenta porque siempre estoy con la ropa como un guñapo... ¡ Valiente cuidado se me da! En cambio no lograrán hacerme decir lo que no pienso... Este año querían incluirme en el grupo de las « Predilectas », que son las encargadas de espiar á las demás alumnas para ir con el cuento á las profesoras... Yo dije muy clarito que nones... ¡ Lindo escándalo se armó!... Hasta hablaron de mandarme á mi casa... ¡ Qué más hubiera yo querido!

— Por lo menos tiene usted el mérito de la franqueza — murmuró el guarda-general, con risa algo forzada. — Debe usted desesperar grandemente á su madre adoptiva.

— Pues, la verdad... ¡ Sí señor! ¡ la desespero!... Pero no consigo imponerle mi voluntad... Mi madre es buena persona; algo tiesa, pero, en fin, buena persona.

— ¿Acaso no será bueno el futuro padrastro?...

— ¡ Uf! Lo aborrezco sin conocerlo.

Se había sentado á la turca sobre la hierba, doblando las piernas bajo la falda; sacó del bolsillo varias manzanas, eligió las más apetitosas y preguntó á Francisco:

— ¿ Usted gusta?

Pommeret contestó negativamente; la joven principió á morder la fruta, dejando ver los dientes, menudos, blanquísimos, que hundía con sensualidad en la manzana verde amarillenta.

Francisco la miraba de perfil. La frente abombada y la barbilla algo pronunciada de Dionisia, se destacaban enérgicamente sobre el fondo verdeante de la maleza. El rojo vivo de los labios quedaba en la sombra, mientras que la parte superior de la cabeza surgía en plena luz, bañada por el sol que nimbaba de oro el rubio veronés de la rizada cabellera.

— ¡ Vaya una alhaja! — pensó Francisco, mientras la chica seguía comiendo ruidosamente... Luego, añadió en voz alta: — Comprendo que

aborrezca usted á su futuro padre político, pero creo difícil que llegue usted á desesperarlo y á tiranizarlo... Ese señor sabrá hacer que su hija le obedezca...

— ¡ Ne le aconsejo que lo intente! — refunfuñó entre dientes.

— ¡ Hum! — observó el guarda-general, disimulando un gesto de disgusto.— Como él será el amo, tendrá usted que transigir para vivir en paz.

— Antes que ceder, me marcharé de la Manceinne.

— ¿ Dónde se iría usted?

Dionisia irguió la cabeza y contestó, mostrando en las pupilas un relámpago de amenaza:

— A los bosques... Dicen que en ellos nací; á ellos volveré.

El guarda-general se encogió y se dió por satisfecho del exámen del carácter de su futura hijastra; sacó el reloj:

— ¡ Las once! Tengo que continuar mi camino.

— ¿ Vive usted lejos de aquí? — preguntó la joven, inclinándose á un lado para mirar á Francisco, sin que le diese el sol en los ojos.

— A dos leguas largas; cerca de Rouvres.

— ¡ Es lástima que no habite en este pueblo!... Me hubiera gustado que charlásemos un rato, de

vez en cuando... Tiene usted cara de ser buen chico, aunque algo burlón.

— ¡ Muchas gracias !... Tal vez nos veamos un día de estos.

— Sí — exclamó la muchacha. — Si vuelve usted por aquí, éntre en la Mancienne y yo le presentaré á mi madre.

— ¿ Y á su futuro padre político ? — insinuó zumbonamente Pommeret, alejándose.

— ¡ Bah ! Para ése... Para ése... ¡ esto ! — exclamó Dionisia frotándose la nariz con un dedo, con ademán de pillete.

Había cambiado de postura. Ahora estaba de rodillas, inclinada hacia adelante, alargando el cuello, agarrada con una mano al tronco de un nogal, mirando al guarda-general que bajaba lentamente la cuesta, descollando airoso entre los altos y espesos matorrales. Las pupilas dilatadas de la jovencita, tenían la fijeza taimada y el relampagueo codicioso de las del gato cuando arquea el cuerpo y estira la cabeza para observar un objeto cuya novedad le inspira curiosa emoción. Mostraba los labios entreabiertos con esa expresión semisoñadora que los pintores prerrafaelistas ponen en los rostros de sus vírgenes. Oía sonar sobre los guijarros las pisadas firmes de

aquel mancebo gallardo, de aterciopelados ojos y finas manos. Se inclinaba para seguirle con la vista cuesta abajo. Cuando desapareció en un recodo, y cuando el ruido de los pasos se perdió en la lejanía, la joven se echó hacia atrás, sentándose sobre los talones ; y, con los brazos cruzados, permaneció inmóvil bajo la llamarada del sol que la envolvía por completo.

Los rayos, casi perpendiculares, arrancaban en la rubio-encendida cabellera, cabrilleos de luz, cual si estuviese constelada de chispas eléctricas. El cielo, despejado de las nubecillas matinales, completamente azul, abrasaba. La atmósfera era casi tan calurosa como en estío, y, de los manchones de monte desprovistos de arbolado, surgía una especie de vapor cálido y transparente, á través del cual troncos, ramas y tallos parecían estremecerse con temblor silencioso. De los helechos ya enrojecidos, se desprendía fragancia semejante á la de las grosellas maduras. El bosque estaba lleno de sordos rumores : chasquidos de hayucos desprendidos del ramaje ; leve ruido de reptiles deslizándose entre las hojas secas, rechinar de dientes de ardilla, partiendo nueces ; picotear de carpintero buscando insectillos en las rugosas cortezas.

Dionisia, con los párpados entornados, inten-

taba reconstituir mentalmente la imagen de aquel joven que había atravesado entre las malezas que aun se movían después de haberle dado paso. De vez en cuando, abría los ojos y contemplaba el sol; luego, cuando sentía deslumbramiento cegador, volvía á cerrar los párpados y á rumiar recuerdos. El suave mugido de una vaca en la pradera, la sacó de su éxtasis. A su lado, sobre la hierba, un lagartito esmeraldino tomaba un baño de sol. La joven aspiró á pleno pulmón el olor de heno que subía de los prados, se sacudió los cabellos y buscó con la mirada un rincón de sombra bajo los nogales. Perezosamente caminó arrastrándose; se ocultó entre la enramada, arrancó puñados de fresca hierba y se los colocó sobre las mejillas, cerró los ojos y se tumbó á la larga sobre el césped, en la actitud descuidada de un animalito que duerme...

Entretanto, Francisco llegaba con paso rápido á su domicilio en Auberive. Se lavó, se cambió de traje y almorzó con excelente apetito. Fresco y descansado, tomó un gabán ligero, y se dirigió hacia la Mancienne. Entró sin anunciarse, y sorprendió á la señora de Lebreton de pie, en la escalinata, mirando al camino y aguardando la llegada del correo.

— ¿Cómo? ¡Usted aquí! — exclamó sorprendida y gozosa. — Aún no ha pasado el coche-correo. ¿Cómo ha venido usted?...

— A pie — contestó Pommeret. — No tuve paciencia para aguardar la salida del segundo ómnibus.

Adriana le estrechó las manos y lo examinó sonriente; también Francisco la examinaba muy tranquilo y con mucho detenimiento, asombrándose de hallarla menos joven que el día en que la dejó. Y, sin embargo, la viuda no había envejecido en una quincena. ¿Acaso era efecto de la luz cruda del jardín que hacía destacar el mechón blanco entre la negrura de la cabellera y ponía de relieve las arrugas de los párpados y los puntitos negros de la nariz?...

El guarda-general se apresuró á conducirla á la penumbra del gabinete. Allí, le pasó el brazo por el talle, la estrechó contra el pecho, la besó cariñosamente, y le dijo:

— Querida, mi padre estará aquí el lunes, y el martes seremos marido y mujer.

— ¡Ah! — exclamó ella, abrazándolo fuertemente. — ¡Qué ganas tengo de que todo esté concluido! No puede usted imaginar las villanías que me han hecho desde que se publicaron las amo-

nestaciones. Todo el mundo se revuelve contra mí. Lo digo de veras: parece que al casarme con usted les frustro á esta gente no sé qué esperanzas... No hay afrenta que no me hayan inferido... Todas las mañanas aparecen los muros del parque llenos de inscripciones injuriosas ó de burlas groseras, escritas con carbón. El juez municipal, que por lo visto deseaba casarse conmigo, me quita la razón en las cuestiones con los campesinos que merodean en mis haciendas. El Párroco, desde el púlpito, se permite dirigirme alusiones pérfidas, y la Administradora de Correos y su hermana me niegan el saludo... ¡Oh! — añadió enjugándose el llanto. — ¡Qué gentuza tan miserable y qué pueblo tan odioso!... En cuanto estemos casados, no volveré á poner los pies aquí... Nos iremos á vivir á Rouelles, á la antigua casona que forma parte de mis bienes personales, y en la cual ya los obreros trabajan preparando nuestra instalación... ¡Basta de la Mancienne y de Auberive!... ¿No opina usted lo mismo?...

Involuntariamente Francisco se ensombreció. ¡No iba á disfrutar de la Mancienne, de una hacienda tan hermosa y tan llena de comodidades! Esta privación era uno de los primeros inconvenientes de su envidiado matrimonio. La perspec-

tiva de enterrarse en Rouelles, en una vetusta casa-castillo perdida en los bosques, no le resultaba muy agradable. Sin embargo, tenía formado el propósito de no dejarse dominar por consideraciones de carácter material; hacía cuestión de amor propio el aparecer completamente desinteresado, y puso, á mal tiempo, buena cara.

— Querida Adriana — contestó — me parece muy bien y muy sensato todo lo que usted decida, y viviré dichoso en cualquier parte donde estemos juntos.

Se sentaron en el sofá, cogidos de las manos.

— ¡Hablemos de otra cosa! — murmuró la señora de Lebretón — ¡Hablemos de usted! ¿Viene satisfecho del viaje? ¿Qué ha dicho su familia al recibir la noticia?

— Mi familia se ha alegrado muchísimo... Mi madre ya le habrá escrito á usted... Ha llorado de gozo y lamenta que sus achaques de salud no le permitan venir á abrazar á usted.

— Pero... ¿no le han hecho á usted objeciones?

— Ninguna.

— ¿No los ha chocado que usted se case con una mujer que le lleva varios años? Porque yo soy vieja, amigo mío, y me parece que esta quincena me ha envejecido más.

Así hablando, la viuda lo miraba con fijeza, deseando y temiendo al mismo tiempo adivinar lo que el joven pensaba interiormente de esta confesión hecha con segunda intención de coquetería... Para esquivar aquella mirada escrutadora, Francisco tomó la cabeza de Adriana y le besó el cabello, exclamando ;

— ¡ Amo á usted y la encuentro encantadora !

Sustrayéndose lentamente á las caricias, la señora de Lebreton añadió :

— Y ¿ ha confesado usted que, á más de ser yo vieja, llevo como dote una hija adoptiva crecida?... ¡ Y qué hija !... A propósito, va usted á verla ; anoche llegó y creo que está arriba... Voy á traerla.

Salió al vestíbulo y gritó :

— ¡ Dionisia !

Desde lo alto de la escalera, una voz chillona contestó :

— ¡ Aquí estoy !

Francisco oyó que la joven bajaba atropelladamente, ruidosamente, brincando. Se volvió de espaldas á la puerta y miró al jardín, prestando oído á la conversación que, en el vestíbulo, sostenían la señora de Lebreton y su hija adoptiva.

— ¡ Pero qué desastrada vienes !... ¿ Has comido

entre zarzales para destrozarte la ropa de este modo?... Ven y te arreglaré un poco el cabello... Pareces un gato asustado... Voy á presentarte á un caballero que dentro de pocos días será mi marido... Procura mostrarte juiciosa.

Pommeret creyó entender que la indócil muchacha se rebelaba silenciosamente contra la presentación. Adriana, con cierto enojo, le decía :

— ¡ Bueno ! ¡ Bueno !... ¡ Vamos ! ¡ Ven ! ¡ Basta de tonterías !

Y concluyó por empujar hacia el gabinete á la indómita Dionisia, que avanzaba á regañadientes.

— Aquí está mi Montaraz — murmuró Adriana, llevando á la joven junto á Francisco, que seguía de espaldas á la puerta. — Dionisia, da la mano al señor Pommeret, que va á ser tu padre adoptivo.

Francisco se volvió bruscamente. Dionisia lanzó un grito y exclamó enfurecida :

— ¡ Usted !... ¿ Pero es usted ?...

Tenía las mejillas encendidas de rubor, y abría desmesuradamente los ojos.

— Dios mio, sí — replicó irónicamente el guarda-general. — ¿ Le contraría que no sea yo tan viejo como usted calculó ?

— ¡ Se ha burlado usted de mí, y lo aborrezco !

— exclamó Dionisia; y, soltando la mano de Adriana, se arrojó violentamente en el sofá, ocultó el rostro entre los cojines y rompió á llorar.

— ¡Está bien! ¿Qué le ocurre á esta chiquilla?
— preguntó la señora de Lebretón, dirigiéndose, muy desconcertada, á Franciscò.

— Nada de particular — contestó Pommeret, — Esta señorita y yo nos encontramos hace poco rato: ella, estaba en lo alto de un árbol, yo, en el camino... Sin duda se ha enojado conmigo porque le oculté mi nombre... La vi morder, con tanto gusto, manzanas verdes, que se me hizo cargo de conciencia amargarle la comida con una noticia desagradable...

SEGUNDA PARTE

I

Rouelles es una villa formada, próximamente, por doscientas casas. Separada de Auberive por una de las montañas más hermosas de la comarca, se levanta en el arranque de un valle y se cobija en el bosque de Montavoir, que la rodea con ceñidor de escarpes cubiertos de arboleda. En un extremo de la única calle del pueblo, y algo apartado del caserío, se yergue el antiguo castillo: edificio rectangular, pesadote, con altas techumbres cubiertas de tejas, precedido por un patio herboso y flanqueado por dos torrecillas agudas: